

CARPIO, MARCELA DEL O SOR MARCELA DE SAN FÉLIX (1605-1687)

ROMANCES EN ESDRÚJULOS

I. Al velo de una religiosa

Al desposorio más célebre,
al más dichoso y más plácido,
quiero escribir, gozosísima,
alabando a Dios, un cántico.

Que se rindiese en oyéndole
a Cristo, en dulces preámbulos,
una niña felicísima
a los cielos espectáculo;

que al mundo tenga por tósigo
y a sus deleites por tártago,
obra ha sido del Altísimo,
sólo pudiera dictárselo;

que en primavera hermosísima,
al Espíritu Paráclito
toda se consagre víctima
y abrace penas y tráfago.

En himeneo santísimo,
que no anda ya el amor tácito,
se une Cristo con Ángela
y la hace su tabernáculo.

Bien pueden darla mil plácemes,
y con versos eclesiásticos,
en instrumentos armónicos,
celebrarla sin obstáculo.

Pues el cielo está gozándose,
la tierra oculte sus cálamos
y la serpiente mortífera
vuelva corrida hacia el Cáucaso.

Hoy, con el velo honorífico,

está su amante insinuándolo:
que aunque nos parezca lúgubre,
para sus ojos es cándido.

Y si para el mundo es túmulo,
para los cielos es tálamo:
que este lenguaje científico,
para ignorantes es bárbaro.

Y si se ostenta benévolo,
todo es caduco y fantástico:
su bien, apocado y mísero
como lo verán mirándolo.

II. *Otro a la Santa Cruz*

Al árbol santo y vivífico,
o si con amor, seráfico,
aqueste ingenio paupérrimo
hoy le dedicará un cántico.

Después que aquel rey pacífico
en ti murió tan magnánimo,
si eras un triste patíbulo,
ya eres un alegre tálamo.

Quedaron muy melancólicas
todas las furias del Cáucaso
que con tan tremendo estrépito,
le diste al infierno tártago.

Salve, ¡oh cruz salutífera,
que das salud a los lánguidos!
Que Cristo en ti, sacra víctima,
quitó del cielo el obstáculo.

Y por eso, el remotísimo
y aun el más inculto páramo,
para tu honor celeberrimo
te consagra culto máximo.

Con instrumentos armónicos,
todos los coros jerárquicos,
de tus grandezas, históricos
himnos te digan, y sáficos;

que de aquel árbol científico
quitaste todo el escándalo,
por ese fruto honorífico
que es para el justo tan plácido.

Que el Cristo, amor dulcísimo,
hizo su nido, cual pájaro,
en esas ramas bellísimas,
muy más süaves que el bálsamo.

Déme su amor ardentísimo
el Espíritu Paráclito,
para que a la cruz intrépida
vaya con un paso rápido.

Y si por su amor lo pésimo
tal vez se me pone pálido,
este inferior pusilánime
procede como mecánico.

¡Árbol hermoso y muy fúlgido,
más sublimado que el plátano,
tan honrado con la púrpura
de aquel rey que fue muy tácito!

Lléguense allí los carísimos
y dejen los carámbalos,
y estarán tan gozosísimos
como lo verán mirándolo.

III. *Otro al Santísimo Sacramento*

Al convite más espléndido,
al más regalado y máximo,
con entendimiento angélico,
dedicar quisiera un cántico.

Al manjar estimadísimo
que da salud a los lánguidos,
que come el bueno sin tósigo
y es para el malo gran tártago:

¿que le reciba en mi estómago,
y que tenga su habitáculo

en un alma tan paupérrima,
un rey tan potente y máximo?

Alaben, Señor, los ángeles,
vuestro Espíritu Paráclito
y a vuestro amor ardentísimo
himnos le digan y sáficos.

Con instrumentos armónicos,
aquesos coros jerárquicos
por mí os alaben sin límite,
rindiendo ardores seráficos.

Mi corazón, derritiéndose,
exhale como aromáticos
perfumes, que olorosísimos
lleguen a ese tabernáculo.

De aquel bocado malévolo
habéis quitado el escándalo
por éste, el más preciosísimo,
que así conforta los ánimos.

Sois amante tan finísimo,
que el hospicio tan mecánico
de un pecho tan impurísimo
queréis para vuestro tálamo.

Deleites soberanísimos
gozan los afectos cándidos
en este convite opíparo,
como los verán mirándolo.

Y esas fuentes hermosísimas
bien están manifestándolo,
pues corren abundantísimas
en estos incultos páramos.

Dense los hombres mil plácemes
de verse ya sin el cálamo
de la comida mortífera,
por este dulce viático.

Con acelerado estrépito
huyan las furias del Cáucaso,
y a la mesa celeberrima

nos dejen volar cual pájaros.

Y aquel espíritu lúgubre,
si presume ser obstáculo,
guarde su maña diabólica
y vuelva corrido y tácito.

Y si viniese colérico,
puede volverse flemático
el vil infernal murciélago,
tan torpe y enesiático.

Cierto que está melancólico,
arrinconado y muy guácharo,
que el inventar tantas máquinas
le ha puesto tan triste y pálido.

Ya tiene las fuerzas débiles
el afligido galápago,
que el Sacramento augustísimo
le hace temblar cual parlático.

Bien sabemos que es su émulo,
y aunque ostenta bien lo cálido,
sus necesidades sin número
le han puesto como un carámbalo.

Ya de noche con las lámparas,
más helada que un carámbalo,
ya de día, no más cálida,
discurro por esos páramos.

Bien pueden darme mil pésames
viéndome el rostro tan pálido,
que la aflicción tan sin término,
mudó mi semblante plácido.

Ya aguardo aquel día célebre,
aquel venturoso sábado
en que pueda, ya sin tósigo,
dormir en mi dulce tálamo.

Como soy tan poco crítica,
ahorraré los preámbulos
y en mi lenguaje eremítico
diré menos en mirándolo.

Y por ser tan pusilánime,
con el espíritu párvulo,
se me hace el trabajo pésimo
al mismo punto, en tocándolo.

Levantar, aun sin crepúsculo,
aqueste mi cuerpo lánguido,
no fuera tan cruelísima
con el cita o con el tártaro.

Si me mostrara pacífica,
sé que escusara el escándalo,
mas no cabe en el estómago,
y tengo el pico no tácito.

A no ser yo tan monástica,
aqueste oficio mecánico,
para mayor ofendículo,
yo le lanzara en el Cáucaso.

Y con ser yo tan flemática,
me ha hecho volar cual pájaro,
y correr más velocísima
que puede el río más rápido.

Del sueño que es salutífero
he padecido cual Tántalo,
tiniendo los ojos débiles
como si viera relámpagos.

Bien puede ser celebérrima,
y en aquel temido tránsito,
la monja que, puntualísima,
ejerció este oficio trágico.

Cierto, el favor del Altísimo
se ha mostrado bien magnánimo,
pues he estado tan intrépida
a tanta copia de tártagos.

Bien sé que tendrán escrúpulo,
y dirán que es hecho bárbaro
formar quejas tan ridículas
y hacer trabajos fantásticos.

IV. *Otro a la Madre Ministra*

Madre entre todas magnífica,
a vuestras penas y tráfgos
llega a dar humildes pésames
aqueste convento plácido.

Su dicha ha sido grandísima
en teneros por oráculo,
y aunque os han puesto en patíbulo,
quisieran en tabernáculo.

Es fuerza que estéis tristísima
con este terrible tártago,
que a trabajo tan sin término
desmayara cualquier ánimo.

Como sois tan benemérita
y nuestro poder tan párvulo,
rendimos las fuerzas débiles
a vuestro querer magnánimo.

Quisiera ser muy científica,
y con excelentes cánticos
hacer vuestro nombre célebre
desde éste hasta el Polo Antártico.

Sois tan sola y sois tan única
como del Arabia el pájaro,
y a hechos tan celebérrimos
más se alabara callándolos.

Tened gobierno pacífico
con Espíritu Paráclito,
y así todas vuestras súbditas
tendrán un amor seráfico.

Y aunque os halléis muy paupérrima,
sin dineros, en gastándolos,
no mostréis faz melancólica,
que afligiréis nuestros ánimos.

Todas estamos unánimes,
sin discrepar, ni aun pensándolo,

vuestros mandatos deíferos
sin que haya falta en un átomo.

Y cierto que, sin hipérboles,
antes con afectos cándidos,
nos mostramos rendidísimas,
como lo veréis mirándolo.

Ya hemos pedido al Altísimo,
con muy devotos preámbulos,
no dé provisoras míseras
a aquestos sujetos lánguidos,

porque a los pobres estómagos
será de notable cálamos
un ejercicio tan pésimo
y un desconsuelo no tácito.

No lo permita el Altísimo
que nos pongan tal obstáculo
al correr muy ligerísimas
a los celestiales tálamos,

que el sustento, que es parquísimo,
hace los semblantes pálidos,
si damos en hipócritas,
todas iremos al Cáucaso.

Acordémonos, carísimas,
de aquel suceso tan trágico,
de aquella merienda espléndida
que se ordenaba con tráfago,

yendo a cenar contentísimas
al refectorio monástico
(no es ésta ficción poética),
todo se volvió fantástico.

A provisoras tan pésimas,
cierto estoy considerándolo,
que por sus hechos malévolos
será bien dar con un látigo.

Y vos, madre piadosísima,
volvednos aquesos párpados,
que estamos afligidísimas

hasta vuestro beneplácito.

Y pues ya tenéis dos ángeles
de aquellos coros jerárquicos
que asisten, vigilantísimos,
en este pobre habitáculo,

sed muy fiel al amantísimo
que él os dará, en procurándolo,
fervor grande, amor fortísimo
y celo de su honra máximo.

V. Otro a la miseria de las provisoras

Mirando está, con gran lástima,
a cierto convento párvulo
un ingenio, aunque poético,
con punta de enesiático.

Y por huir de lo crítico
dio con estilo mecánico
al dicho convento pésames
de su desastrado cálamo.

¡Oh monjas desdichadísimas,
Dios consuele vuestros ánimos
pues os ha puesto el Santísimo
en tanta copia de tártagos!

Bien sé estaréis melancólicas
por ver que tantos preámbulos
gastastis con el Altísimo
pidiendo sujetos máximos

que para vuestra bucólica
no fuesen de tanto obstáculo,
que es aflicción muy sin término
tener las bocas cual páramos.

Dio provisoras tan pésimas,
que yo estoy considerándolo
que les bastaba lo mísero
sin añadir lo flemático.

Disponer a lo marcélico,
repartir a lo mariánico,
no lo aguardará un cernícalo,
no lo sufrirá un galápago

aunque tienen a Escolástica,
que es viva como un relámpago,
y guarda muy velocísima
aunque sea un triste rábano.

Marcela, por lo paupérrimo,
y Mariana, por lo tácito,
darán al mundo mil tósigos,
y con su miseria, escándalos.

Por lo sutil Escolástica,
por lo brioso y lo práctico,
con una maña pestífera
hará cien partes de un tábano.

Todas tres están unánimes,
y juran en su habitáculo,
serán siempre apocadísimas
como lo verán, mirándolo.

También dicen, muy científicas,
aunque en medio de su tráfago,
muy a lo docto y científico,
lo mesurado y lo trágico:

"Ensangosten los estómagos,
que es un consejo jerárquico,
y volarán ligerísimas
a los celestiales tálamos.

En ser templadas las vírgines
muestran esfuerzo magnánimo,
y para ser como ángeles,
aun no les faltan dos átomos;

comer poco es salutífero,
esto se ofrece pensándolo,
que si comieran sin límite,
anduvieran hechas guáncharos.

Así nos enseña el Génesis

el lastimoso espectáculo
de aquella gula mortífera
que nos hizo a todos lánguidos".

Y Mariana, sonriéndose,
mostrando su rostro plácido,
lo que no dijo, retórica,
manifestólo en obrándolo

porque se fue al horno lúgubre
que es su esfera y tabernáculo,
y trazó, liberalísima,
dar a seis monjas, un pájaro.

Cierto que es cosa ridícula,
pero aquí da fin el cántico,
que son caros los esdrújulos,
y así abreviemos el párrafo.

VI. *Romance al Nacimiento*

Divino verbo inmenso
que en tus eternidades
con inefable gozo
estabas en el Padre,

en el palacio impíreo,
en la esfera más grave,
trono de tu grandeza,
solio de majestades:

si contento vivías,
igual en todo al Padre,
de una substancia misma,
de su bondad, imagen;

si con el mismo amor,
espíritu süave,
consolador piadoso,
sois todos tres iguales:

si el querubín hermoso,
criatura tan grande,

las alas de su ciencia
a vuestros pies abate;

si el serafín más bello
que en llamas vivas arde,
humilde y reverente,
peana siempre os hace;

si las columnas firmes
de esa Sión triunfante
se estremecen, y tiemblan
vuestro ser admirable;

¿cómo, Palabra Eterna,
se os pudo pegar carne
para pisar, piadoso,
nuestro, humildes valles?

¿Cómo, señor, tan niño,
cómo temblando nace
lo sumo del poder
entre unos animales?

¿Cómo en pajas humildes
hay un fuego tan grande,
que si bien soy de nieve,
presumo que me abrase?

¡Ay dulce dueño mío,
si a finezas tan grandes
correspondiera yo
con servirte de balde!

Mas ¿cómo puede ser
si tú te anticipaste
con tan grandes fatigas,
con beneficios tales?

Aunque yo te sirviera
los siglos, las edades,
no pudiera pagar
lo menos que tú haces.

¿Qué puede hacer, Dios mío,
la nada miserable
que, si no es de defectos,

no tiene otros caudales?

Tú me obligas, mi bien,
con tus penas y afanes,
a que gustosa siempre,
por tu amor los abrace.

Desnudez y pobreza,
lágrimas y pañales,
y ese lugar humilde
donde fajado yaces,

cátedra del pesebre
para enseñarme haces,
tierno predicador,
virtudes singulares.

¡Oh si supiera yo,
amorosa, buscarte
del pesebre a la cruz
donde pudiera hallarte!

Mas ¿cómo puede ser
amarte ni buscarte,
si amándome a mí misma
me busco en todas partes?

Pero la siempre Virgen
ya se inclina a mirarme,
gozosa que, por mí,
merece ser tu madre.

Y el castísimo esposo
Josef, divino Atlante,
pues puede sustentar
dos cielos los más grandes,

la mayor honra y dicha
hoy en suerte le cabe,
pues siendo un puro hombre,
de Dios se llama padre.

Pero ya en mil cuadrillas
resuenan por los aires
espíritus alados
que con voces süaves

os cantan a vos glorias
y nos prometen paces.

Hagámoslas los dos
y sean inviolables,
con eternos conciertos,
firmadas amistades.

Y pues me dais licencia,
diré de aquí adelante:
mi amado para mí
y yo para él constante.

VII. *Otro a la Ascensión del Señor*

Dulce Jesús de mi vida,
mi única esperanza,
¿cómo, Señor, te ausentas
dejándome sin alma?

Tú eres el alma mía
pues que vida me daba
tu agradable presencia
llena de gloria tanta.

Tú eres mi corazón
pues en ti respiraba,
y en ti tenía vida
alegre y descansada.

Tú eras la clara luz
que siempre me alumbraba,
quitando las tinieblas
que causa la ignorancia.

Tú eres mi amado dueño
a quien tan entregada
me tiene, felizmente,
el fuego que me abrasa.

Tú eres mi amante tierno,
que con caricias tantas,
siendo yo tan de piedra,
pudieron ablandarla.

Tú eres tan firme esposo,
que por más que te daban
ocasión mis descuidos,
nunca tú me dejabas.

¿Cómo te vas agora
cuando más abrasada
me tienen tus amores
y más te deseaba?

Estos cuarenta días
que has estado en mi casa,
me echaste más prisiones,
me arrebataste el alma.

Venías victorioso,
triunfando con tal gala,
que llevabas tras ti
todo cuanto mirabas.

Tu amable condición,
tan dulce como franca,
se llevó por despojos
la más esquiva dama.

Ya veo, dueño hermoso,
que es justo que te vayas
a gozar de ti mismo
en la esfera más alta.

Bien sé te está esperando
la diestra deseada
de tu amoroso padre,
premio de tus batallas.

Bien sé que vas a abrir
las puertas soberanas
que hasta que tú las entres,
han estado cerradas.

Bien sé que tu ascensión
esperan muchas almas
para gozar contigo
de la celeste patria.

Bien sé que vas, Señor,
a disponer moradas
a los que en este mundo
te sirven y los amas.

Pero yo que sin ti
quedo desconsolada
pasaré triste vida
mientras la muerte tarda.

Y así, será forzoso
te pida con mil ansias
que me lleves contigo,
pues dices que me amas.

Y si me respondieres
que méritos me faltan,
los tuyos son ya míos,
de amor heroica hazaña.

En este tierno afecto
el alma, enajenada,
dándole Amor licencia,
de su esposo se abraza.

Bañóle el bello rostro
en agua destilada,
más oloroso a Dios
que el más subido ámbar.

¡Ay dulce vida mía!,
dice toda turbada,
no te vayas, Señor,
sin llevar a tu esclava.

Y no creas, Dios mío,
que la gloria me llama,
que sólo amor desnudo
ocasiona mis ansias.

Entre afectos tan dulces
entretenida el alma,
vio que su amante hermoso
sus brazos desenlaza.

Y con propia virtud

en alto se levanta
y al impíreo palacio
hace breve jornada.

Los que saben de amor,
lastímense del alma
ausente de su bien,
sola y en tierra estraña.

VIII. *Otro romance a una soledad*

En ti, soledad amada,
hallaba mi compañía,
en ti los días son glorias,
en ti las noches son días.

En ti cogí de mi amor,
con abundancia excesiva,
fértil cosecha del alma,
dulce agosto de mi vida.

En ti gocé de mi esposo
las pretendidas caricias,
los halagos sin estorbos,
los regalos sin medida.

En ti vi de su belleza,
aunque en tiniebla, divina,
con cuánta razón me prende,
con cuánta causa cautiva.

En ti me vi alguna vez
anegada y sumergida
en el mar de dulces aguas
y riquezas infinitas.

En ti, con los imposibles,
satisface mi codicia,
que, con lo posible, amor
nunca llena sus medidas.

En ti me vi, felizmente,
muy negada y muy vacía
de criaturas y afectos,
y muy lejos de mí misma.

En ti gocé libertad
de tanto precio y estima,
que darlo todo por ella
no será paga cumplida.

En ti celebró mi esposo,
en aquel dichoso día,
en amoroso himineo,
las bodas de mi alegría

En ti estuve tan gozosa,
contenta y entretenida,
que no podré encarecer
lo menos que en ti sentía.

En ti, con dichas tan grandes,
las horas, noches y días
dulcemente se pasaban,
instantes me parecían.

En ti, ¡qué corto mi sueño
y qué larga mi vigilia,
qué penoso fue el descanso,
qué gustosa la fatiga!

En ti le dije a mi amante
lo tierno que le quería,
lo mucho que me obligaba,
lo poco que le servía.

En ti le solicitaba,
con finezas y caricias,
a que me diese su amor
pues el mío conocía.

En ti pudo conocer
cómo le estaba rendida
mi alma, que está colgada
de su voluntad divina.

En ti le pedí su unión,
con ansias de amor tan vivas,
que no sé si le obligaron;
él lo sabe y él lo diga.

En ti procuré entregarle
tan por suya el alma mía,
los sentidos y potencias,
que él los mande y él los rijá.

En ti también le ofrecí
serle fiel y agradecida,
correspondiente a su amor,
y por todo extremo fina.

En fin, en ti le ofrecí
todo cuanto yo tenía,
a todo lo que anhelaba,
todo cuanto apetecía.

En ti le di de mi amor
la posesión tan cumplida,
que ninguno me ha quedado
para nadie en esta vida.

En ti conocí del suyo
la gran fuerza y valentía,
lo ardiente con que me enciende,
lo activo con que me anima.

En ti le vi, liberal,
intentar hacerme rica,
que, derramando sus dones,
pudo saciar mi codicia.

Mas no me doy por contenta,
que mi afecto a más aspira,
y solo el mismo podrá
dar satisfacción cumplida.

Así, Soledad amada,
causa de todas mis dichas,
después que tú me faltaste,
me ha faltado el alegría,

cercóme la confusión,
el afán y las fatigas,
todo me aflige y congoja,
y causa melancolía.

Las criaturas me estorban,

los apetitos me irritan,
los afectos me atormentan
y las pasiones se avivan;

tempestades se levantan,
brama el mar, y la barquilla
grande tormenta padece
de las olas combatida.

¡Ay Soledad deseada
de mi alma, y pretendida!
Cada vez que te exprimento,
tengo de ti más estima.

¡Oh si gozara de ti
lo que durara mi vida,
a quien triste muerte llamo
sin tu presencia querida!

¡Quién hablara dignamente,
con lengua humana y tardía,
de tus grandes perfecciones,
agrado y soberanía!

¡Qué de santos engendraste
en ti, con vida divina!
En frágil barro vivieron
innumerables cuadrillas.

La pureza, la oración,
la contemplación divina,
tus hijas son, Soledad,
de ti nacen, tú las crías.

¿Qué virtud no se alimenta
con tus pechos y caricias,
quién deja de estar contento
si te busca y te codicia?

Tú causas los desengaños
y a la verdad solicitas
para que, usando su fuerza,
atropelle a la mentira;

haces del destierro patria,
y sacas con valentía

a las almas que te aman,
de la opresión de sí mismas.

Y por no ofenderte más
con ignorancias tan mías,
no diré en tus alabanzas
lo mucho que se ofrecía.

IX. *Otro.*

A San Josef

Salve, Josef divino,
esposo de María:
tu mayor alabanza
y gran soberanía.

Sobre todos los santos
tienes prerrogativas
y gozas privilegios
que a ninguno se fían.

Eres tan levantado
en santidad y dicha,
que los ángeles mismos
parece que se admiran.

De casto y de perfecto
te aclamen y bendigan,
pues estuviste unido
a la pureza misma.

¡Cómo feliz gozaste
las noches y los días
de Dios y de su madre
la dulce compañía!

Y aunque, celoso amante,
presumir no podías
impureza en tu esposa,
mancha en la siempre limpia,

mereciste que el cielo
te quite la fatiga
declarando el misterio

que encierra en sí María.

Viste nacido a Dios,
y de sayal vestida
su deidad soberana:
tanto mi amor le obliga.

Sustentaste, dichoso,
su sagrada infancia,
su adolescencia hermosa
y juventud florida

Tuvístele en tus brazos,
¡oh soberana dicha,
oh dulzura inefable,
oh riqueza infinita!

¡Qué divinos coloquios
con el Niño tendrías,
alternando requiebros,
retornando caricias!

¡Con qué gracia tan grande
mostraba en la visita,
con divinos gorjeos,
que tu amor admitía?

Ya tierno te miraba,
ya humilde le servías,
que tal correspondencia
entre los dos había.

Con sudor de tu rostro
ganaste la comida
al que sustenta al orbe,
hazaña nunca oída,

pero más fue el estar
a tu querer rendida
toda la omnipotencia
de un Dios que obedecía.

Suspiros exhalabas
y lágrimas vertías
viendo que el tierno infante
afable te ministra.

A Egipto le llevaste
con trabajo y fatiga
temiendo que el tirano
no le quite la vida.

Volviste a Nazarem
divina compañía
y trinidad del suelo:
Jesús, Josef, María.

Diote Dios de una vez
todo cuanto tenía,
pues su Divino Verbo
por hijo te le fía,

y aquel don singular
y merced peregrina
de darte por esposa
la celestial María,

gozando tantos años
su amada compañía,
sus virtudes heroicas
y sus castas caricias.

Por superior te tuvo,
obediente y rendida
estuvo a tus preceptos
como a cabeza y guía.

¡Qué admiración, qué asombro
siempre te causaría
ver que Cristo y la Virgen
por dueño te tenían!

Y con amor y agrado,
haciendo grande estima
de tu santa persona,
obsequios te rendían.

Estática oraciónón
tuviste tan continua,
que, sin dejar la humana,
fue tu vida divina.

De gran contemplativo,
con ventaja excesiva,
puedes llevar la palma
a tu honor tan debida;

y con grande razón
mi devoción se inclina,
que a tus grandezas sólo
pudo exceder María.

Estas, Josef sagrado,
si cortas, efectivas
alabanzas mi amor
humilde te dedica.

Recibe los deseos
de esta devota indigna
que quisiera saber
mostrarse agradecida.

Y a todas las demás
que a servirte se animan,
alcánzales, te ruego,
virtudes infinitas:

que seamos muy pobres,
humildes y rendidas,
fieles en todo a Dios
y muy caritativas.

X. Otro a una ausencia de Dios

Ausente de mis ojos,
regalada esperanza,
sin mí no puedes irte
pues me llenas el alma.

Belleza por quien muero
y vivo enamorada,
¿por qué, mi bien, te ausentas
cuando presente abrasas?

¡Ay, dulce amado mío!
Si tu piedad es tanta,
¿cómo no te enternecen

mis amorosas ansias?

¿Por qué morir me dejas
con ausencia tan larga
cuando con más finezas
tierno me regalabas?

Cuando yo presumía
verme más levantada
al cielo de tu amor,
con desvíos me bajas.

Cuando más encendida
pudiste ver la llama,
con desdenes tan tristes
pretendes apagarla.

Cuando con mayor dicha
tu presencia gozaba,
tus regalos sentía
con mayor abundancia,

cuando con más afectos
a tu unión anhelaba,
me veo sola y triste,
tan lejos de gozarla.

Cuando con tal ternura
mi amor te requebraba,
significando tú
que de esto te agradabas;

cuando yo de alegría
gozaba en abundancia
por tu apacible trato
lleno de gloria tanta;

cuando mis esperanzas
tanto se remontaban
que ya por posesiones
pudiera bien juzgarlas;

cuando en tan dulce sueño
estaba enajenada,
sin él, sin ti y sin mí,
me veo desvelada.

Cuando el estar conmigo,
esposo de mi alma,
que eran deleites tuyos,
creía confiada;

cuando al menor suspiro
venturosa te hallaba,
y con mayor dulzura
más te comunicabas;

cuando galán y tierno
las puertas me rondabas,
y con amor y celos,
cuidadoso acechabas;

cuando ya respondías,
cuando apenas llamaba,
con dulzura a mis quejas,
con agrado a mis ansias;

cuando por verme triste
tanto me consolabas,
que en gustos y delicias
las penas se trocaban;

cuando de amor rendida
el alma te entregaba,
muriendo por morir
cuando vida me dabas;

cuando en otras mil cosas
que dejo de contarlas,
para tenerte siempre,
tú mismo me alentabas:

ahora, dueño mío,
con ausencias me acabas,
con desvíos me afliges,
con rigores desmayas.

Confieso que te doy
ocasión por mil causas
para que te desvíes
con aspereza tanta,

pero bien sabes tú,
mi bien y mi esperanza,
que serte esposa fiel
desea toda el alma.

XI. *Romancillo*

Si arrepentido y confuso,
también confiado vengo
que he de hallar en vuestras llagas,
de las mías, el remedio;

y si son grandes mis males
y mis torpezas sin cuento,
de tu justicia, Señor,
a tu gran clemencia apelo.

Para llorar mis delictos
dos mares fueran pequeños,
y es tan grande mi dureza
que enternecerme no puedo.

No merezco yo tener
la dulzura y el consuelo
que dan lágrimas vertidas
por tan soberano intento.

¡Oh infelicísimos años,
días y horas que fueron
gastados en vanidad
teniendo de Dios desprecio!

¡Oh miserables deleites,
oh gustos, qué tristes fueron
siempre, y qué amargos los fines
pues son de arrepentimiento!

¡Oh fingidas hermosuras
que ocasionaron mis yerros,
que negociaron mis males
y mis bienes impidieron!

¡Oh vanísima locura,
oh indecible desconcierto,
vil prisión de la memoria,

ceguedad de entendimiento,

de sentidos y potencias
ejercicios sin provecho,
del libre albedrío encanto,
de la voluntad tormento!

Adoré los dioses falsos
de bellezas que mintieron,
si en lo aparente también,
¿qué será en lo verdadero?

A ídolos asquerosos
di culto, como indiscreto,
y fealdades veneré,
sus altares erigiendo.

Asentéme por soldado
del pecado, y fui siguiendo
sus banderas a mi costa,
sin ventajas y sin sueldo.

Alevosamente fui
deicida que ofendiendo
su majestad soberana,
a Dios maté en el afecto.

Esta fue mi vil hazaña,
éste mi triunfo y trofeo,
que con este blasón honra
la milicia del infierno.

Borré, Señor, vuestra imagen
de mi alma, y en su centro
puse la de mi enemigo
para tenerle contento.

Destruí vuestra heredad
y profané vuestro templo,
vuestra casa descompuse,
violé vuestro casto lecho.

Que todas estas cosas
es el alma que tan presto
lo pierde por el pecado
con solo un mal pensamiento.

En fin, Señor, he pecado
tan sin rienda y tan sin freno,
que compararme a los brutos
me parece no merezco.

Mas no he de desconfiar,
que es muy cierto que con eso
os hago mayor injuria
que en los pasados excesos.

Porque mirando que estáis
con los brazos siempre abiertos
pienso que, para abrazarme,
hacéis apercibimiento.

Y pues vengo cual me veis,
contrito y con pensamiento
de no volver a mancharme
y antes morir que ofenderos,

dadme, Señor liberal,
la indulgencia que espero,
que yo me ofrezco a serviros
con lealtad, como a mi dueño.

Asiguro no me trae
sólo temor del Infierno,
porque al filial amor,
no al servil, es al que afecto.

Si tantas obligaciones
son, Dios mío, las que os tengo,
a vuestra piedad os pido
os obligue lo que os debo,

que sois de tal condición,
que los beneficios vuestros
galardonáis en nosotros:
tanto amáis nuestros aumentos.

No me contento, Señor,
con salir del cautiverio
de la culpa, que por vos
mayores cosas intento.

Dadme, mi Dios, vuestras gracias
para que con grande afecto
os busque, os ame y os sirva
como merecéis y os debo.

Que, si bien es imposible
llegar en este destierro
a esto con el obrar,
quisiera con el deseo.

Señor, parece que ya
siento que me voy rindiendo
y que tiene más calor
este heladísimo pecho.

Ea, Señor, no haya más,
seamos amigos luego,
pues queréis que el pecador
viva y no muera en sus yerros.

Dadme, por vuestra piedad,
tierno llanto y blando afecto
para que muestre el dolor
el amor que hay en mi pecho.

Renovad mi corazón,
dádmele de carne, os ruego,
y quitadme el que de piedra
ha tanto tiempo que tengo;

después os le pediré
de espíritu y aun de fuego,
cuando vaya aprovechando
más en el servicio vuestro.

Despojad esta memoria
de tan vanos pensamientos,
inflamad la voluntad,
dad luz al entendimiento.

Quitad de mí los cuidados
de los humanos contentos,
de inútiles amistades
que nos roban tanto el tiempo.

En fin, os pido, Señor,

que me deis que, con afecto,
busque agradaros en todo,
siendo en todo muy perfecto.

XII. *Otro. A un afecto amoroso*

Hermoso dueño mío,
gloria que me da pena
por no poder servirte
cuanto el alma quisiera,

¿por qué, dulce Señor,
la tienes tan sedienta
de esas divinas aguas
donde anegarse intenta?

Bien sé lo que me amas,
bien sé lo que me celas,
bien sé que no te obligo
con mi correspondencia.

Pero el fuego amoroso,
que activo me penetra,
presume subir tanto
que llegue hasta su esfera;

no permite que el alma
pueda estar satisfecha
menos que transformada
en la mayor grandeza.

No cesarán, bien mío,
las amorosas quejas,
las abrasadas ansias
porque obligarte puedan.

Yo le digo al Amor
que reparar pudiera,
que el alma, donde vive,
es vil, ingrata y fea.

A esto me responde
que tiene ya licencia
para atreverse a tanto
del dueño que desea,

y que, para no ver,
tiene en los ojos venda,
que amor que es muy mirado
no tiene mucha fuerza.

Pero tú, desdeñoso,
te retiras y alejas
dejándome cual sabes,
de amores casi muerta.

Bien sabes que te pido
que se rompa la tela,
y acabe de gozarte
en posesión entera.

Tantas veces, Señor,
que el alma se ve cerca
de conseguir sus dichas,
la dejas que padezca

en la dulce agonía
que tanto la recrea;
piensa que ha de acabar,
y es su esperanza incierta.

Descuidada vivía
de esta subida empresa,
en mi olvido sentada,
dormida en mi tibieza.

Si tú me despertaste
con tu piedad inmensa,
pasa, mi bien, ahora,
porque importuna sea:

sufre que noche y día
te ronde aquesas puertas,
exhale mil suspiros,
te diga mil ternezas.

Bien sé que tú las oyes
y admites las finezas
del alma que te ama
más que a su vida mesma.

Mas el fogoso amor
que de fuerte se precia,
por más que le acaricies,
con nada se contenta;

todo se le hace poco
si a conseguir no llega
todo un Dios por unión,
donde saciarse pueda.

Por corto plazo tengo
la eternidad entera
para amar tu hermosura
y agradecer finezas.

Impaciente mi amor,
a la mayor presteza
la tiene por tardanza,
y esperar la atormenta.

¿Por qué, mi bien, te tardas,
por qué clamar me dejas?
¿Por qué no me respondes
con mirarme siquiera?

¿Tienes por bizarría
herirme con tus flechas,
y sin ver mi dolor,
retirarte al aldea?

Y no entiendas, pastor,
que me quejo que sean
las heridas muy grandes:
ojalá que lo fueran

y que por penetrantes,
la muerte fuera cierta;
mas no soy tan dichosa
que merecerla pueda.

¡Ay si me viese yo
como el alma desea:
o morir de abrasada
o herida con tus flechas!

Si eres tan liberal,

¿cómo, Señor, me niegas
lo que te pide amor
con ansias verdaderas?

Mira que si te tardas,
en gemidos deshecha
hallarás a tu amante
sin que remedio tenga.

Si indignidades miras,
si atiendes a bajezas,
no me admiro, mi bien,
que olvidada me tengas.

Mas como sé que tienes
de amante la excelencia,
no puedo persuadirme
que te impidan miserias,

porque quien ama feo,
es fuerza le parezca
hermoso lo que quiere,
por defectos que tenga.

Y si enojado estás,
desenójate apriesa,
pues lágrimas te aplacan
y te rinden ternezas.

Cese, pues, el combate,
acábase la guerra,
que no es victoria el triunfo
cuando el vencido ruega.

XIII. *Otro de actos de amor*

Gózome tanto, Dios mío,
de tus bienes y riquezas,
que se deshace mi alma
por darte la norabuena.

¡Oh si a costa de mi honra
y de mi vida pudiera
hacer que todos los hombres
te amaran y te sirvieran!

Enhorabuena, Señor,
inmensidades poseas,
y a tu corona inmortal
oponerse nadie pueda.

Enhorabuena de nada
necesidad nunca tengas,
y me gozo de que todo
tenga de ti dependencia.

Gózome que los tesoros
que tan pródigo franqueas,
aunque los des sin cesar,
no tengan ninguna mengua.

Y pues no te puedo dar
ni añadirte más grandeza,
a sus deseos amor
con imposibles consuela.

Mi bien, si yo fuera dios,
mi ser al punto te diera
y sin él quedara alegre
sólo porque tú lo fueras;

de desnudo y de esencial,
aunque humilde, amor se precia,
o a serlo con tu favor
con vivo deseo anhela.

No te sirvo por gozar
tu gloria en la vida eterna,
que a tu ser divino sólo
mi amor rinde sus finezas,

ni porque tú me criaste,
me redimiste y conservas,
que ser quien eres en ti
me basta, obliga y contenta.

Y así los premios, Señor,
las dádivas y promesas,
ni las afecta tu amante
ni su mente las contempla.

En tu gesto solamente
descansa amor y se ceba;
ése es su término y fin,
lo demás no le hace fuerza.

Ya me he dado, dueño mío,
y he hecho de mi tal entrega,
que sólo con repetirla
pienso quedar satisfecha.

Consuélome, Señor mío,
con que tu bondad inmensa
recibirá los afectos
que le ofrece mi bajeza.

Con intenso amor continuo
estarte amando quisiera,
con mi mente y mis entrañas,
con toda el alma y sus fuerzas,

y pues yo las tengo cortas,
pónles tú, Señor, viveza,
de suerte que el amor tuyo
acabe la vida mesma.

Tú me mandas que te ame
y obligas a que te quiera,
pues dame lo que me mandas,
que cierta está la obediencia.

En amarte y darte gusto
he vinculado mi hacienda;
éste es todo mi caudal,
mis haberes y riquezas.

Si de virtudes y dones
quieres que viva en pobreza,
porque se cumpla tu gusto
lo abrazaré muy sin pena.

Tú sólo, Señor, me bastas,
sin dulzuras ni experiencias;
date sólo, que mi amor
muy desnudo te desea.

Yo no deseo trabajos,

ni descansos ni asperezas,
ni blanduras ni regalos,
ni riqueza ni pobreza.

Y si todo cuanto digo
y cuanto decir pudiera,
gustas tú lo tenga yo,
con todo estaré contenta.

Envíame al fuego eterno
con tal que nunca te ofenda,
que así amo tu justicia
como tu piedad inmensa.

XIV. *Otro*

Pues no puedo callar
ni hablar tampoco puedo,
entre callar y hablar
desahogarme intento.

Y callando lo más
y diciendo lo menos,
podré cumplir en parte
con estos dos afectos.

Yo me abraso de amores,
sin duda yo me quemo,
que me ha llegado así
un infinito fuego.

De cerca pudo herirme
si bien estaba lejos,
y en calor tan activo
se deshizo mi hielo.

Es el amante mío
fino por todo extremo,
y agora, por mi dicha,
ha dado en estar tierno.

Causan efectos tales
sus regalos del cielo,
que cuando me da vida,
me la quite deseo.

Yo no entiendo sus obras,
y sólo decir puedo
que con razón le llaman
artífice de enredos.

No sabré encarecer
lo mucho que padezco
ni lo mucho que gozo,
todo en un mismo tiempo.

Para matar de amores
y hacer otros excesos,
sus gracias sólo bastan,
que es hermoso y discreto,

liberal y apacible,
caricioso y risueño,
y también le hace gracia
un poquito de ceño.

Éste se quita al punto
en un abrazo estrecho,
y queda serenado
todo el hermoso cielo.

No pudiera decir,
si el tiempo fuera eterno,
cuánto sé de su amor
y lo que yo le quiero.

Vivo con imposibles,
porque un amor inmenso
para amarte, bien mío,
quisiera por lo menos.

Tú eres, dulce Señor
y regalado dueño,
a quien me dio el amor
por excesivo precio.

Naciste para mí,
moriste en un madero,
quedástete en comida
de gustos verdaderos.

Este fue el non plus ultra
de tu poder inmenso;
pudo llegar aquí
de tu amor el exceso.

Más no pudo pasar
ni hacer mayor empeño,
que en fineza tan grande
echaste todo el resto.

¿Cómo no me deshago
en agradecimiento
comiendo tantas veces
este manjar del cielo?

Sin duda este bocado,
de bien y gloria lleno,
me hechiza y enamora
y hace perder el seso.

Y mientras más le como,
más apetito tengo,
que aunque me sacia el alma,
la aviva por extremo.

¡Qué enamorado estabas,
querido por quien muero,
cuando, por obligarme,
te diste todo entero!

¡Qué engañados que viven
los miserables necios,
que apartados de ti,
piensan vivir contentos!

¿Quién les comunicara
la dulzura que siento
y el deleite que gozo
teniéndote en mi pecho?

Mi bien, porque te amaran,
te diera cuanto tengo
de tus dulces regalos, y
pasara sin ellos.

¡Oh si pudiera yo,

a costa de tormentos,
hacer que te sirvieran
cuantos te ofenden ciegos!

¡Oh si también pudiera,
con abrasado celo,
dar una voz terrible
en todo el universo

diciendo: amad a Dios,
mirad que él sólo es bueno,
él sólo satisface
y da consuelo entero!

¿Qué utilidad sacáis
de tan viles empleos
que os llevan tan aprisa
a un precipicio eterno?

Felicidad infame
son vuestros pasatiempos,
y gloria imaginada
que conduce al infierno.

Volved, Señor piadoso,
esos ojos serenos,
y a tanta ingratitude
no castiguéis severo,

que esta mía mayor
con razón considero,
pues que debiendo más,
os pago tanto menos.

Pero volviendo ya
a tratar del incendio
que causa en mí tu amor,
se templará este afecto.

¿Sabes que me imagino,
y aun lo tengo por cierto,
que estás flechando el arco
cuando dices requiebros?

Presumo que saetas
arrojas a mi pecho

cuando con tus caricias
se derrite de tierno.

Acaba de enfermarme
o matarme, te ruego,
pues el morir de amor
es sólo mi remedio.

Y en tanto, vida mía,
que tanto bien merezco,
no dejes de aliviarme
con avivar el fuego.

¡Oh si creciera tanto
la llama de este incendio
que abrasara en tu amor
a todo el mundo luego!

¡Oh si vieses mis ojos
que con afecto tierno
te amasen cuantos viven
en este vil destierro!

No quiero que me des
otra gloria ni premio
sino ver que te busquen
y aspiren a tu reino.

XV. *Otro.*

Al Santísimo Sacramento

A la mayor fineza
que de tu amor contemplo
consagro, Jesús mío,
estos humildes versos.

La de tu encarnación,
la de tu nacimiento,
manifiestan tu amor
con infinito exceso.

De tu vida en el mundo
los trabajos inmensos
que amante padeciste,

que deseaste tierno,

con gran primor ostentan
el fuego de tu pecho
y el celo con que siempre
buscaste mi remedio.

Tus dolores y afrentas,
lágrimas y tormentos
que sufriste por mí,
declaran tus incendios.

Y, en fin, treinta y tres años
que en tan pobre destierro,
siendo Dios soberano,
viniste padeciendo,

y la muerte afrentosa,
que, inocente cordero,
en una cruz pasaste
víctima al Padre Eterno.

Todas estas finezas
que admiran a los cielos,
que pasman a los hombres,
las estimo y venero,

pero la de quedarte
en comida y sustento,
que diga es la mayor
permítelo a mi afecto.

Este fue el non plus ultra
de tu poder inmenso;
pudo llegar aquí
de tu amor el exceso.

Más no pudo pasar
ni hacer mayor empeño,
que en fineza tan grande
echaste todo el resto.

Quererte cada día,
entrar en nuestros pechos
y unirnos a ti mismo
con lazos tan estrechos,

parecen demasías,
parecen más que extremos;
no diré son delirios,
como a Dios te respeto.

No puede tu deidad
tener arrojamientos:
eres perfecto y santo,
y sumamente recto.

Pero dame licencia,
que a lo llano y grosero
te haga una pregunta
con mi corto talento:

¿quedástete con algo
en ese ser inmenso,
o me lo diste todo
en este sacramento?

Todo te comunicas,
así lo afirmo y creo,
al gusanillo vil,
indigno, tosco y feo;

no tiene el cielo más
que yo tengo en mi pecho:
a mi dicha envidioso
parece que le veo.

¿Es mi correspondencia
igual a tanto empeño?
¿Hágote dueño solo
de todo cuanto tengo?

¿Consumo en holocausto
la vida, los deseos,
potencias y sentidos
y, en fin, el alma y cuerpo?

Ya sé que no es así,
y que ingrato y grosero,
mi amor nunca te paga
del tuyo los excesos.

¡Qué enamorado estabas,
querido por quien muero,
cuando por obligarme
te diste todo entero!

Soberano favor
y beneficio inmenso
hiciste a nuestras almas
con este pan del cielo.

¿Que coma en abundancia
este cuerpo grosero,
este manjar precioso
que está de gustos lleno,

la suma de las gracias,
de virtudes el premio
y la acción más heroica
que tu saber ha hecho,

el requiebro más dulce
de tu abrasado pecho,
el ósculo más puro
y el abrazo más tierno?

¿Y que puedan gozarte
los grandes y pequeños,
el gigante en virtud
y en ella el más pigmeo;

que tanto Dios con gusto
se aposente en mi pecho
viniendo a tu grandeza
estrecho todo el cielo?

¿Que sea tu custodia
y tu florido lecho
mi tibio corazón,
mi limitado centro,

que entrañas no muy puras
te sirvan de aposento
y que estés más gustoso
que en tu palacio eterno?

Mucho juicio me sobra

o que es muy poco pienso,
pues de amor u de asombro,
Dios mio, no le pierdo.

¿Que pueda yo imprimir
en tu costado abierto
mis labios tantas veces
que a recibirte llego,

que tus hermosas llagas
deposite en mi pecho,
y las pueda tocar
y darlas dulces besos,

que tu carne virgínea
me sirva de alimento,
y tu sangre real
de néctar verdadero?

Alábente, Señor,
en acordado acento
los cantores süaves
del coro más supremo.

Alábeta también
la capilla del suelo
del humano linaje
con nuevos instrumentos,

que busque el alegría
y el agradecimiento
en casa del fervor,
artífice muy diestro:

abrase nuestras almas,
inflame los deseos.
Danos amor desnudo,
pacífico y perfecto.

XVI. *Otro. A lo mismo*

Dios mío, así de ti goce,
que me digas si me quieres,
que aunque veo tus finezas,
quiero ver si he de atreverme.

A tus brazos me llegaste;
allí he visto cómo llueves
favores en tus amantes
por lo mucho que los quieres.

Allí vi de mi esperanza
los logros con que la tienes,
que los que en ti la aseguran
siempre alcanzan lo que quieren.

Si fue verdad, tú lo sabes:
mis desconfianzas temen
porque puede tu contrario
fingir, aunque a mí me pese.

Mas no puedo yo creer
que tus amores consienten
que se engañe quien te busca
y sólo amarte pretende.

Deseo, amante querido,
que muy entendido quede
que el amor con que me abraso
ningún interés pretende.

Ni tus halagos me obligan,
ni tus ternuras me mueven,
ni tus caricias me atraen,
ni tus favores me prenden,

y sólo tu amor desnudo
me obliga, rinde y enciende,
me cautiva y aprisiona,
me regala y entretiene;

y alguna vez presumí
que llegara a enloquecerme,
que mostrara muy buen juicio
quien por ti, Señor, le pierde.

Y aunque yo, querido mío,
algunas veces me queje
de que de mí te retires
y tu presencia me niegues,

no es, mi bien, por pretender
me regales y consueles,
que tu gusto quiero sólo
en lo triste y en lo alegre.

Y todas mis pretensiones,
apetitos y querer
se reducen a querer
tu voluntad solamente:

Siquiera te me concedas
o siquiera te me niegues
en cuanto a darme tus dones,
que satisfecha me tienes,

como a esposa me regales
o como a esclava desdeñes,
me estimes y me regales,
me abatas y me desprecies.

Tres días ha que te fuiste
a los prados y a las fuentes
dejando las de mis ojos
adonde pudieras verte.

Y todo aqueste dolor
es por temer si sucede
tu ausencia por culpa mía,
que es lo que sentir se debe,

que a pensar que no te daba
causa para tus desdenes,
fueran glorias para mí
por servir sin intereses.

Asigúrame tú, amado,
que te ausentas porque quieres,
que no habrá nadie en el mundo
que oiga que yo me queje.

El pensar que te disgusto
con tal extremo me duele,
que no hay tormento terrible
con que comparar aquéste.

Tendré por dulce y süave

el tránsito de la muerte,
si le mido con la pena
que me causa el ofenderte.

¿Por qué, Señor, lo permites?
¿Por qué, mi bien, lo consientes
que amando tanto el servirte
ni te sirva ni lo acierte?

XVII. *Otro*

Al velo de sor Francisca del Santísimo Sacramento

Unos ardientes deseos
y esperanzas bien fundadas
hoy se ven dichosamente
en la posesión más alta.

¡Oh mil veces venturosa
pretensión que tanto alcanza,
no menos que ser persona
de la trinidad humana!

No paran aquí las dichas,
que más adelante pasan:
con la Trinidad divina,
Francisca feliz se casa.

Si generosa dejastis
cuanto el mundo precia y ama,
por eso os da la corona
el cielo, y reina os aclama.

En venturoso himineo
lográis vuestras esperanzas,
que aseguradas en Dios,
jamás se vieron frustradas.

Si negándoos a vos misma
con resolución gallarda
supistis dejar riquezas,
las mayores os aguardan.

Si llegar a vuestro esposo

presumís tan alentada,
bien le alcanzará desnuda
quien quiere correr descalza.

Para que vuestra cabeza
puedan rosas coronarla,
es menester que primero
güellen espinas las plantas.

En discreción y prudencia
sois mayor que vuestra fama,
que tan divina elección
más alto crédito os gana.

Toda dedicada a Dios,
dichosamente consagra
vuestro afecto, hacienda y vida,
la libertad, cuerpo y alma.

Con cuatro nudos amor
con vuestro esposo os enlaza,
prisiones son, pero dulces,
alivio son más que carga.

Todo cuanto le ofrecéis,
liberal y enamorada,
Francisca, al esposo, Cristo
con ese velo os lo paga.

Estimalda como prenda
de su amor, y así guardalda,
y advertid que, muerta al mundo,
con ese velo os señala.

Hoy el amor os conduce
a nueva vida de gracia
con que, unida a vuestro esposo,
viváis en él transformada.

Camináis por senda estrecha,
pero el amor la dilata
y hace el camino tan dulce,
que más deleita que cansa.

Pues le emprendéis animosa,
prosegilde confiada,

que amor que os dio sus finezas
también os dará sus alas.

XVIII. *Otro,*

Al jardín del convento

En estas verdes hojas
que aquesta fuente riega
con agua de mis ojos,
que suya no la lleva,

contemplo, amado mío,
tu grande providencia,
tu beldad soberana
y tu hermosura inmensa.

También, por el contrario,
conozco mi vileza,
mi imperfección sin par,
mi descuido y tibieza,

pues las hojas y flores,
que crecen tan apriesa,
con sus calladas voces
significan mis menguas,

y siempre que las miro,
parece que me enseñan
que yo sola en el mundo
soy la que nunca medra.

Miro del cinamomo
aquella copia inmensa
de su olorosa flor
que tanto nos deleita;

parece que, a porfía,
su multitud afecta
llevarse de las flores
la palma de belleza.

En las guardadas rosas
a quien espinas cercan,
de tus hermosas llagas

la memoria refrescan.

Los vistosos jazmines
en su candor ostentan
lo lindo de tus manos
y liberal franqueza,

porque, sin aguardar
que los cojan por fuerza,
ellos se dan al suelo
sin hacer resistencia.

Acuérdame tu olor
la fragante mosqueta,
tan noble entre las flores
y tan linda en sí misma.

El clavel estimado
tu sangre representa,
y por esto merece
le traten con decencia.

De tus hermosos labios,
del coral dulce afrenta,
su cárdeno color
me muestran las violetas.

Majestuosa siempre,
la cándida azucena
tu bellísimo cuello
venturosa semeja.

La fecunda retama,
tan rubia como bella,
de tus cabellos de oro
me da memorias tiernas.

Muestra, por abrazar,
la siempre verde hiedra,
a que busque tu unión;
provoca mi tibieza

procurando ascender;
si presumida trepa,
humilde se aprisiona,
que de amante se precia.

Misericordia y paz
este olivo me enseña
que siempre las procure
por costosas que sean.

Las rojas clavellinas
y manutisas bellas,
de mirar tu color
parece que se precian,

pero el bizarro lirio,
con gravedad modesta,
porque a él te comparas,
más ufano campea.

Süave el albahaca,
símbolo de pureza,
su verdor apacible
nuestra esperanza alienta.

Clavelones, adorno
de las últimas fiestas,
enseña que la muerte,
como terrible, es cierta.

Recuerdo de humildad
es la hierba doncella;
aunque vistosa y grave,
no sale de la tierra.

Los amargos ajenjos
me enseñan a que tenga
mortificado el gusto
y el apetito venza.

El robusto alhelí,
que el invierno no seca,
me fuerza a que haga rostro
a toda la aspereza.

El funesto ciprés,
aunque árbol de tristeza,
provoca a devoción
y soledad enseña;

y la del nombre dulce,
felicísima yerba
que de santa María
nos acuerda y recrea.

Las ásperas ortigas,
intratables y fieras,
en igualar mi agrado
presumen competencia.

Entre todas las flores
puede la gigantea
pretender, por amante,
que alaben sus finezas:

del sol enamorada,
siempre mirarle intenta
y, por vueltas que da,
de seguirle no cesa.

¡Oh, cómo reprehende
el descuido y tibieza
con que busco, Dios mío,
a tu amable presencia!

Los árboles copados
alegres manifiestan
los sazonados frutos
que el justo te presenta.

Las abundantes parras
alegres manifiestan,
que a tu sangre real,
accidentes le prestan.

Mis años mal gastados
me acuerda aquesta higuera,
pues ha crecido tanto
y yo estoy tan pequeña.

Y habiéndonos plantado
en esta santa tierra
casi en un tiempo mismo,
mil ventajas me lleva.

El riguroso invierno,

con su mucha aspereza,
os quita los vestidos
y deja en gran pobreza:

tolerando rigores
y sufriendo inclemencias,
me enseñáis, apacibles,
a que tenga paciencia.

Con suave agasajo,
la alegre primavera
siempre os sirve gustosa
de madre y camarera;

de la Resurrección
parece nos da nuevas
cuando, sin menoscabo,
nos tornen nuestra tierra.

Los árboles y plantas,
las flores y las hierbas
publican tu hermosura
y dicen tu grandeza.

Todas, Señor, me animan,
me enseñan y me fuerzan
a que te sirva y ame,
te alabe y engrandezca.

XIX. *Otro*

A un efecto amoroso

Esposo de mis ojos,
querido por quien muero,
si de amante te precias,
yo de amante me precio.

¿Para qué son las riñas,
desdenes y desprecios
cuando por tus amores
conoces que me pierdo?

Mas nunca más ganada,
que en tal deshacimiento

cobro en pérdidas tales
más de lo que merezco.

Si no quieres, mi vida,
que te diga requiebros,
yo cerraré los labios
y al corazón apelo.

Es imposible que él
deje de hablarte tierno,
desahogando un poco
lo mucho que padezco.

Si te ofenden mis ansias,
si te cansan afectos,
sana tú las heridas
que con tu aljaba has hecho.

¿Para qué disimulas
con tan hermoso ceño,
si sabes que tú has sido
quien ha encendido el fuego?

Y si celoso estás,
puedes tener por cierto
que, si no es de ti mismo,
no hay de quien tengas celos.

Y si de ti los tienes,
mi bien, yo te confieso
que serán con razón,
que más que a mí te quiero,

que libre está tu amante
de peregrino afecto,
que el fuego que me abrasa
los consumió al momento.

Mas, ay, que ya conozco
lo mucho que te debo,
lo poco que te pago,
y por eso estás serio.

Bien sabes que te he dado
de todo cuanto tengo
entera posesión

como a querido dueño.

Bien sabes que tú fuiste
quien me miró primero,
quien primero me amó
y me rondó al sereno.

Bien pudiera acordarte
los tiernos sentimientos
con que tocaste al alma
y me abrasaste el pecho,

si a fuer de enamorado,
con caricias y ruegos,
venciste mi dureza
deshaciendo mi hielo.

¿Por qué haces del esquivo
cuando rendida llevo?
Harásme presumir,
Dios mío, que es por eso.

Si quieres que me vaya
y que deje el intento,
mientras más me despides,
mayor firmeza tengo.

Con desdenes, mi amor
recibe más aumento,
y con tu sequedad
se aviva más el fuego.

No hay para qué te escondas
y pongas tierra en medio
de mi bajeza suma
en mi conocimiento,

porque todo parece
sirve para el incendio
en que mi alma yace
de materia y sustento.

No hay trazas para amor,
que en ellas estás diestro,
y mientras más las buscas,
que estás más fino pienso.

Bien sabes que me tienes
sin alma y sin deseos,
que sólo en mí se hallan
de tu amor verdadero.

También de las potencias
y el albedrío entero
te tomaste el dominio
con poderoso imperio.

Y si del corazón
antes eras tan dueño,
ahora me parece
que aun no sé si le tengo,

aunque a veces, Señor,
en sus latidos siento
que vive para ti
y recibe tu aliento.

¡Ay esperanza mía,
si yo cumplidos veo
los deseos de amarte
con infinito exceso!

Y si pudiera yo,
a costa de tormentos,
darte más que gozaras,
muriera de contento,

y todo lo que gozas
con ese ser inmenso,
si lo tuviera yo,
te lo diera al momento:

aunque hubiera de estar
metido en el infierno
por darte a ti la gloria,
fuera para mí cielo.

Y no pienses que son
poéticos conceptos,
que son verdades puras
que con el alma siento,

pero tú nunca acabas
de asegurarte en esto
pensando que ha de ser
tan falso como el dueño.

Pues, mi bien, por tus ojos,
de mi amor dulce cebo,
que puedes ya creer
que ha mucho que no miento.

Bien sabes tú que eres
solo mi amado dueño,
mi amorosa caricia
y mi dulce requiebro.

Tú, que vives más cerca
que yo misma a mi centro,
sabrás que no te engaño
con encarecimientos.

Podrás asegurarte
que no habrá en mí en ningún tiempo
de mi parte ocasiones
que puedan darte celos.

Podrás, amante mío,
sin miedos y recelos,
entrar siempre en la casa
que tienes en mi pecho,

que si la falta adorno,
sola está, por lo menos,
o que lo esté, Señor,
deseo por extremo.

Si hallares dentro a alguien,
digo, mi bien, que quiero
que me quites la vida
como a traidora luego.

XX. *Otro*

Al velo de sor Manuela de san Miguel

Unos valientes deseos

y unas fervorosas ansias
hoy se ven, por el amor,
en la posesión mas alta.

Manuela, hermosa y feliz,
de Miguel acompañada,
como esposa fiel le entrega
a su dueño toda el alma.

Con cuatro nudos, amor
divinamente la enlaza;
prisiones son, pero dulces,
que más que afligen, dilatan.

¡Oh mil veces venturosa
quien güella con tanta gala
esto fingido y caduco,
que fingidamente halaga!

Todo cuanto el mundo ofrece
en sus vanas esperanzas,
apenas son apariencias
pues, al comenzar, acaban.

Porque dejáis accidentes
tan sin ser y sin substancia,
os dan del reino mayor
la corona que os aguarda.

Pero advertid cuidadosa,
que con espinas se esmalta,
y que abrazada a la cruz
podréis mejor alcanzarla.

La imitación del esposo
ha de ser vuestra enseñanza,
su pobreza, su obediencia,
y que en humildad descansa.

Haced de vos sacrificio
y, en holocausto abrasada,
no quede el menor afecto
que sea de cosa humana.

Seguidle, virgen prudente,
al cordero que hoy os llama,

por las sendas apacibles
de religión tan sagrada.

Con ese velo que os cubre,
bien descubre cuanto os ama
pues tan tierno os galantea
y tan celoso os rescata.

No han de ver humanos ojos
quien los divinos guardan
para tener sus deleites
en el jardín de su casa.

Y pues os presta su día
la Trinidad más sagrada,
de todas las tres personas
la bendición os alcanza.

A Francisco y a Isabel
por padrinos os señalan,
que tal grandeza ha de haber
en bodas tan soberanas,

que aunque es tan pobre el padrino,
la reina que le acompaña,
por imitarle y seguirle,
la veneramos por santa.

Sed de los dos una copia,
y de sus virtudes raras,
para agradar al esposo,
procurad ir adornada.

Su protección os ofrecen:
id, Manuela, confiada,
que por hermosa y feliz
hoy todo el cielo os aclama.

Dense parabienes cielos y tierra
pues celebran sus bodas Cristo y Manuela.

XXI. Romance de un alma que temía distraerse al salir de un retiro

Dulce querido mío,
hechizo de mi alma,

si enamorarme intentas,
ya estoy enamorada.

Si pretendes, mi bien,
con amorosas trazas,
con cautelas divinas,
probar mi fe y constancia,

excesiva es la prueba,
más parece amenaza,
pues dices que mi amor
admitirá mudanza.

Aunque te niegues luego,
tu presencia a mi alma
estará firme en todo,
con la misma constancia,

aunque por tus desdenes,
desvíos y amenazas,
crezcan las aflicciones
sin término ni pausa.

Aunque no quede en mí
señal de que me amas,
me tendrás, vida mía,
guardando tus espaldas.

Aunque me diga todo
que me tienes dejada,
y que dejar la empresa
puedo por olvidada,

tierna te buscaré
desde la noche al alba,
desde el alba a la noche
sin dar fin a mis ansias;

es muy grande el incendio
en que yace mi alma,
para que se consuma
aunque le cerquen aguas.

Tú, que en mi corazón
vives como en tu casa,
sabes de mis amores

los efectos y causas.

Sabes que es ya tan tuyo
que en ti solo descansa,
en ti solo se alegra
y lo demás le cansa.

Sabes que por tenerte
mil suspiros exhala,
mil congojas padece
con infinitas ansias,

pues hallado una vez
el bien que deseaba,
¿cómo le ha de olvidar
por más que le combatan

si con dulces violencias
tus amores me enlazan,
tus caricias me obligan,
tu hermosura me mata,

si sabes que me tienes
cautiva y hechizada,
y de amor por tus ojos
ardiendo en vivas llamas?

Y que en dejando yo
tu soledad sagrada
y en volviendo a la aldea,
mitigaré mis ansias,

que el confuso tropel
de criaturas tantas,
con las ocupaciones,
apagarán la llama.

Y si tú te retiras
y haces ausencias largas,
faltará la memoria
de finezas pasadas,

y sin ella, el afecto
es fuerza tenga pausa,
y todo el bien se acabe
en voluntad templada.

Si yo, de presumida,
con loca confianza,
esperara en mis fuerzas,
sin duda me faltaran,

pero si pongo en ti
todas mis esperanzas,
¿por qué he de persuadirme
que se han de ver frustradas?

¿Tengo yo de pensar
que de burlas me amas,
que por juego acaricias,
por donaire regalas?

Y después, dueño mío,
que con veras tan claras,
con finezas tan tuyas
me obligas y dilatas,

no puedo yo creer
que amistad tan fundada
acabe un accidente,
de fin tan leve causa.

Pues en ti presumida
y en tu amor alentada,
prometo a tu belleza
que no ha de haber mudanza.

Tu esposa fiel seré,
mi bien, aunque te vayas
y ausentes tantas veces
cuantas te doy el alma,

y aunque tu sierva inútil,
tu puntual esclava,
estaré ejecutando
tu voluntad sin falta.

¿Ha de faltar tan presto
tanto amor, sin más causa
que volver a la aldea
a servir en tu casa?

Bien sé yo, Señor mío,
que ha de sentir el alma
el que breves instantes
has de comunicarla,

y es fuerza que eche menos
las horas regaladas
que en tan dulces coloquios
en tus brazos pasaba;

bien sé que he de decir:
¡ay soledad amada
donde con tanta gloria
de mi esposo gozaba!

Y que con tierno llanto,
en memorias pasadas,
pasaré de tu ausencia
noches tristes y largas;

pero aun quererlo tú
toda fatiga para,
todo afecto se niega
y toda queja es vana.

No sé si, a fuer de necia,
estoy tan confiada
que te he de amar agora,
mi bien, con más ventajas,

y que no ha de ser parte
toda la astucia humana
del que afecta oponerse,
para entibiarme el alma.

Afile su agudeza
y primorosas trazas,
que armada con la fe,
hollaré su arrogancia.

Con esto, dueño mío,
no haya más amenazas:
no mates con temores
a quien de amores matas.

XXII. *Romance*

Al Nacimiento

Hola, ao, pastores, ao.
Los de ensomo de la sierra,
los que habitáis en los montes,
en cabañas o en aldeas;

también a las almas puras
que de amar a Dios se precian,
las que viven encerradas
dentro de sí, que no en celdas;

las que merecéis el nombre
de esposas, que con finezas
obligan al Verbo Eterno
que en sus corazones venga,

pastoras que así se guardan
y sobre sí mismas velan
para que el lobo crüel
a ofendellas no se atreva;

vosotras que a los rediles
de la quietud más interna
lleváis vuestros pensamientos
que en la soledad seorean;

las que con cuidado quieto,
siempre guían sus potencias
a los pastos soberanos
por las más estrechas sendas;

las que con ánimo heroico,
abrazáis las asperezas,
hollando con tiernas plantas,
las espinas y malezas;

las que, imitando al pastor
que vive en el alta sierra,
aborrecéis los regalos
y buscáis la penitencia;

las que negadas al mundo,
a sus gustos y riquezas,

dichosamente os gozáis
en el desprecio y pobreza;

las que en estrecha clausura,
en castidad y obediencia,
con rendimiento de esclavas,
os ofrecéis siendo reinas;

las que con vida divina,
que se os da por estar muertas,
gozáis de divinas glorias,
que la carne no esprimenta:

a vosotras, pues, os traigo
las felicísimas nuevas
del nacimiento de Dios,
según la carne, en la tierra,

porque salgáis prevenidas
con nueva gala a la fiesta,
a recibir al gran rey
que en las almas se aposenta.

Dicen que es de gran linaje,
aunque viene con pobreza,
y que tiene con Dios mismo
una substancia y esencia,

y que en el pecho del Padre
descansa siempre, y su idea,
por acto de entendimiento,
divinamente le engendra;

y con recíproco amor
y en igual correspondencia
al Espíritu producen,
que es la persona tercera,

que sobrevino en María,
con cuya sombra y defensa
pudo parir siendo virgen
más pura que las estrellas.

Y de parte de su madre,
aunque humana descendencia,
es su prosapia de reyes

de esclarecida nobleza.

Yo no sé quién le metió
en dejar tanta grandeza
por vestirse del sayal
que se usa en nuestra aldea.

No sé si será verdad
lo que el cura nos enseña;
si ello es así, no me admiro
que se humille y que padezca.

Dice que está enamorado
de las almas, y por ellas
hace excesos semejantes
por obligar que le quieran,

y que ellas, desdeñosas,
ni le estiman ni se acuerdan
de agradecer beneficios
de tanta costa y grandeza.

Pero en tan alegre noche
y en tan soberana fiesta,
no hemos de tratar de cosas
que puedan entristecerla.

También dijo el sacristán,
que es hombre de muchas letras,
lo que sucedió en Belem
otra noche como aquésta.

Dice que llegó Josef
con María, niña tierna,
a buscar posada, ¡ay Dios,
si en mi alma la quisieran!,

y que, por la mucha gente
que en las posadas se alberga,
no la hallaron, porque a Dios
siempre el mundo se la niega,

y que en un pobre portal,
ya cielo con su presencia,
entró María y su esposo
con desabrigo y pobreza,

y que la virgen humilde,
viendo que el parto se acerca,
se puso en contemplación
aunque siempre estaba en ella.

Descalzos los santos pies,
suelta la madeja bella
y altas al cielo las manos,
María a su hijo espera.

En este divino raptó
de su oración más intensa,
dicen los santos que vio
de Dios la divina esencia.

¿Qué sentiría María cuando,
del éxtasis vuelta,
a sus pies viese humillada
de Dios toda la grandeza?

¿Qué heroicos actos haría
la soberana princesa,
de amor, de agradecimiento,
de humildad y de obediencia?

Pero en tan alegre noche
y regocijada fiesta),
tanto seso no es cordura;
la devoción da licencia.

Cuando Dios, de puro amor,
hace excesos tan sin cuenta,
demasiada caridad
dicen los santos que ostenta.

¿Tengo de estar tan en mí,
con tanto seso y prudencia,
y tan largo y tan despacio
predicar otra calenda?

Va de donaire y de chanza,
venga la musa burlesca
que alegremente devota,
a mis madres entretenga.

¿No se acuerdan lo que dijo
aquel anciano profeta,
que el puer natus era novio
y se casó con la reina?

Voto a mi sayo, zagales,
que habrando en cosas como éstas
me da gana de reír
y el seso se me trastueca.

Voto a mí que me derrito
como suele al sol la cera,
y que estoy por gorgear
al mochacho que se acerca.

Tanto nos amó su taita
que a su unigénito entrega
a los azotes y cruz,
y le da mamá en la tierra.

¿Hanle mirado cuál viene
lleno de amor y finezas,
llorando por mis descuidos
y mala correspondencia?

Ea, Jesús, no haya más,
no derraméis tantas perlas,
que no hay méritos en mí
para atreverme a cogerlas.

¡Qué lindos ojitos trae
con los dos arcos que flechan
saetas con que a las almas
herir o matar intenta!

¡Qué hermosa que está su madre!
No se vio mayor belleza
en humana criatura,
en los cielos ni en la tierra.

Quereros contar sus gracias
o referir sus grandezas
más fácil será contar
del ancho mar las arenas.

Pero el chiquito me llama

con su risita, y me muestra
que quiere que le requiebre
con agrado y con decencia.

Voto a san que he de besarle;
nadie me estorbe u detenga,
que el mochacho es como un oro
y me guizga con gran fuerza.

Si la esposa le pidió
que él su ósculo le diera,
yo pienso darle dos mil
aunque me cueste mi hacienda;

el amor es atrevido,
el niño me da licencia,
su madre me lo permite,
el viejo calla y se güelga.

Ea, yo llego, mas ¡ay
que la sangre se me hiela!
El amor dice que llegue,
y el temor que me detenga.

¿No ven cómo con los ojos
parece que me hace señas?
Esto es hecho; yo me acerco,
mas mil temores me cercan.

Pues calle, que aquesta noche
cuando en mi pecho le tenga,
le he de besar y abrazar
donde nadie no nos vea.

Aunque más haga del grave,
ya descendió su eminencia
de su trono y se vistió
mi misma naturaleza.

Señoras, ¿qué niño es éste,
le entienden sus reverencias?
Que yo con cuanto he estodiado
en mi anchurosa bodega,

con mi entonado capricho,
no puedo alcanzar quién sea,

ni sus obras y joïcios
por más que me desvanezca.

Sin duda que está encantado,
o que encantaba en su tierra,
o que sabe hacer hechizos
que divinamente enredan.

¿Si es escolar resabido?
¿Si ha sido cura o poeta?
¿Si entiende nigromancia
o sabe todas las ciencias?

Pues algo tiene de ser
quien hace cosas tan nuevas,
que estando desnudo abrasa
y estando al hielo se quema

De tanto fuego cercado,
a las pajas no le llega.
Él es grande y él se apoca,
él es fuerte y luego tiembra.

Él me llama y me despide,
él se acerca y él se aleja;
me concede sus caricias
y al mismo punto las niega.

Con su presencia enamora,
con sus favores sustenta,
con los mismos da más hambre
que suele causar su ausencia.

Mas ¿quién me mete en honduras,
siendo la misma rudeza,
presumir con mi ignorancia
alcanzar de Dios la ciencia?

Perdone su señoría,
su majestad o excelencia,
que no sé cómo se llama
su persona reverenda,

y dénos muy buenas pascuas
con su amor y su presencia,
y sirviéndole nosotras,

también se las demos buenas,

Écheme su bendición,
que me vuelvo con gran priesa
al mismo donde ya vivo
de asiento, con su licencia.

Oya, ¿cómo no responde?
Acabe ya enhorabuena,
no se haga de rogar
pues tiene tanta nobleza.

Al buey y a la feliz mula
quiero dar la norabuena
de la dicha que han tenido
en estar de Dios tan cerca;

que si no les hago copra
podrán tener de mí queja
y darme coz cuando llegue
del santo pesebre cerca.

Y la madre siempre pura,
pues que puede estar contenta,
dénos aguinaldo digno
de tan poderosa reina.

Con el fruto de su vientre
estarán todas contentas
y aun pagadas, por mi vida;
quiera Dios que en ello venga.

Oh bellísima señora,
mi esperanza y mi defensa:
danos tu chiquito un poco,
así Herodes no le prenda.

Ea, mi madre y mi amor,
un poquito nos le presta
que dure una eternidad,
pero no le des sin prendas.

Toma las almas de todas,
el corazón y potencias,
dános a Jesús, María,
y quédate con las prendas.

Que yo no le soltaré
pueden creer con certeza
aunque me cueste la vida;
todas lo mismo prometan.

Y con entrañable amor,
con el alma y con la lengua
digamos: ¡viva María,
de quien Dios nace en la tierra!

XXIII. Ofrecimiento que hacen las religiosas al niño Jesús recién nacido

Recibid, niño piadoso,
dulce Jesús de mi alma,
los corazones y afectos
de todas vuestras esclavas.

Quisieran tener riquezas
de virtudes levantadas
con que abrigar, niño hermoso,
vuestra humanidad sagrada.

De nuestra madre ministra
recibid la confianza,
la puntualidad humilde
de nuestra madre vicaria.

La pobreza y obediencia
os ofrece Mariana
de santa Inés, y no digo
lo demás por no enojarla;

sor Ángela, caridad
con limpieza no afectada;
y celo de religión
dará la madre Juliana.

Y la madre sor Inés
ofrece, con mano larga,
la pobreza y discreción
con que quisistis honrarla.

Toda la misericordia,
toda piedad cifrada,

hoy sor Ana de san Pablo
os ofrece confiada
de que por mucho que os dé,
no le hará ninguna falta.

Su humilde conocimiento,
afabilidad y gracia
San Ildefonso os ofrece,
y primero, toda el alma.

Oración y afecto tierno
quisiera ofrecer sor Juana,
pero, encogida, sospecha
que puede ser arrogancia.

Ya de la madre maestra
llega un presente de ansias
de agradaros y serviros
y ver vuestra hermosa cara.

Antonia de san Josef,
muy tierna y enamorada,
un limpio pecho os ofrece
con candidez extremada.

Catalina de Jesús
puede llegar confiada,
que amor y recogimiento
hallan muy fácil la entrada
de nuestras almas a Dios,
que en tales pechos descansa.

De su agrado y caridad
un rico presente traza
Petronila de Jesús
para vuestra madre santa.

Rendimiento y sujeción,
y caridad extremada,
Jerónima de san Pedro
rinde a vuestras santas plantas.

Ya de sor Ambrosia veo
el alma determinada
con que a padecer se ofrece
por vos cosas más pesadas,

que aflicciones y dolores
son caricias a quien ama.

Y sor Ana de Jesús
os ofrece, retirada,
una muy mala cabeza,
que otra cosa no la halla
con que poder abrigar
esa desnudez extraña.

Sor Ana de san Josef,
que en caridad se señala,
os la ofrece deseosa
de seros en todo grata.

Sor Marcela de san Félix
quiero por alto pasarla,
que quien no tiene virtudes
no podrá ofreceros nada,
y quien no da lo que ofrece,
no ofrezca, que no hará falta.

Ya santa Teresa llega
a ofreceros, alentada,
su devoción y fervor
anhelando a ser más santa.

Con mil dones de virtudes
con que os alegra y regala,
de san Josef, Catalina,
vuestras lágrimas acalla.

Con su silencio y modestia,
cosa que tanto os agrada,
la humildad y la obediencia
os quiere dar santa Paula,

mas teme que si lo sabe
don Andrés, dirá con pausa
que es soberbia y arrogante,
y que ni entre ni salga
a la noche oscura, que es
donde el alma se adelanta.

Sinceridad y bondad
a sor Manuela acompañan,

que con amor os ofrece
para mantillas y fajas.

Con incansable trabajo,
ya sor María os regala,
de san Antonio, que es grande
la fineza con que os ama.

Jerónima de Santiago,
con prudencia anticipada,
devoto presente ofrece
con vuestro amor alentada.

Su grande sinceridad
y aprecio de religión,
María de san Francisco
ofrece con grande amor.

Sujeción y rendimiento
ofrece a vuestra grandeza
Mariana de san Ignacio,
que el corazón os presenta.

Recogimiento y fervor,
con ancianidad moderna,
ya sor Elena os ofrece,
aunque ofenda a su modestia.

Sor Ana María viene
y fervorosa os presenta
una grande voluntad
con que agradaros desea.

Antonia de la Asunción
os ofrece en edad tierna
haber el mundo dejado
con engaños y quimeras.

Sor Casilda, afecto santo
de serviros, que quisiera
tener todas las virtudes
para celebrar con ellas
vuestro alegre nacimiento,
que con el alma contempla.

Afectuosa, Mariana

de la Encarnación se llega
a ofrecer humildad
y alentada penitencia.

Finezas de desposada
será fuerza que os ofrezca
sor Agustina, pues ya
goza tal dicha y grandeza.

Sor Isabel de Jesús
con humildad os presenta
desengaños de esta vida,
toda mentiras y penas.

Y la menor Isabel
os ofrece su pureza,
con el silencio observante,
que amor niño así la enseña.

Y María de san Juan,
con advertida inocencia,
quisiera ofrecer mucho
si su edad lo permitiera.

Concepción, que en caridad
tiene tan copiosas medras,
os la ofrece, y el trabajo
que toma en dar tantas vueltas.

Presto la hermana Luísa
fervorosa se os acerca:
no es pasión, mucho os ofrece,
de grandes virtudes llena.

Y si la hermana Isabel
viene con tanta largueza,
su humildad y caridad
ofrecerá, y su inocencia.

Y la hermana Catalina
mortificación ofrezca
con un raro sufrimiento,
de su virtud mejor prueba.

Que ya la hermana María,
con fineza portuguesa,

el ayudar a las madres,
que en cada una os contempla.

El silencio y oración
Casilda a ofrecerlos llega,
y la devoción piadosa
con que a vuestra madre bella
sirve, teniendo la escala
con tan devota decencia.

Esto, Señor, es lo menos
que mi bajeza contempla
en vuestras santas esposas.
Dichosa yo que con ellas
vivo tan sin merecerlo,
agradecida y contenta.

XXIV. *Romance*

A la profesión de la hermana Isabel del Santísimo Sacramento

Al esposo de más nombre,
al dulce amante del alma,
con amorosos afectos,
hoy Isabel se consagra.

Miróla el piadoso dueño
y en su tierna edad la llama
de las miserias del mundo
a las dichas de su casa.

Galanteos juveniles,
finezas niñas que hoy sacan
a luz tan valientes obras
que a los mismos cielos pasman.

En el ameno jardín
de la Trinidad sagrada,
cuidadoso agricultor
con lindo verdor la planta.

No la espantan asperezas
ni rigores la desmayan,
que tiene amor muy valiente
y con nada se acobarda.

Deciséis años dedica,
y su beldad con mil gracias,
si a lo dulce de María
más a lo activo de Marta.

A los mayores trabajos
y a las fatigas abraza
Isabel, tan animosa
cuanto amante y confiada.

En su alegre primavera,
la imitación soberana
del esposo así la obliga
que en sólo penar descansa.

En lo cándido del velo
ostenta cuánto le ama
pues se toca con pureza
y hace de humildad sus galas.

Con cuatro nudos se ciñe,
que quiere andar apretada,
porque en la casa de Dios
nunca alivian las ensanchas.

La obediencia la entretiene,
la pobreza la regala,
la castidad la enamora,
la clausura la dilata.

Y así en perfecto holocausto
se dedica y se consagra
Isabel del Sacramento,
cuyos incendios la abrasan.

Pero el esposo la espera,
que dispuesto a coronarla,
si hoy con espinas parece
con rosas será mañana.

Poned, Isabel feliz,
en senda estrecha las plantas,
que pues os conduce amor,
él os prestará sus alas.

XXV. *Romance*

Al buen empleo del tiempo

¡Oh cuánto pierde quien pierde
el preciosísimo tiempo!
¡Oh cuánto gana quien gana
sus instantes y momentos!

Toda la plata y el oro
y diamantes de más precio
no valen lo que un instante
que se gasta para el cielo.

¡Oh tiempo, riqueza suma
a quien te estima! Yo creo
que ni un solo respirar
no le exhale sin provecho.

¡Oh infelicísima vida
la que he gastado sin miedo
de la cuenta que he de dar
del instante más pequeño!

Las coronas y las mitras,
y aun las tñaras, es cierto
que son la misma desgracia
si desperdician el tiempo.

¡Oh si licencia les dieran
a los que gastaron, necios,
el tiempo, sin granjear
que volviesen a sus cuerpos!

Con provechosa codicia,
divinamente avarientos,
guardarían los instantes
como antes los dineros.

Para adquirir y ganar
vivimos este destierro,
y nuestros censos y juros
son los espacios del tiempo.

Depende una eternidad

de solo un instante incierto:
¿Pues cómo se pasa instante
sin dar pasos a lo eterno?

¡Oh si me diesen a mí
tiempo en que llorar el tiempo
que tan sin cuenta he gastado
todo lo mejor del tiempo!

De mi tiempo mal gastado,
Dios mío, [a] aquel tiempo apelo
que dispuso tu piedad
el que yo llegase a tiempo.

A sus vanas alegrías
llama el malo pasatiempos,
y tiempos que así se pasan
traerán tristeza a su tiempo.

¡Oh si todos entendiesen
el que no es ahora tiempo
de gozar! Que al padecer
sea dedicado este tiempo.

XXVI. *Otro*

Al Niño Jesús

Las doce son de la noche,
Niño Dios, y no dormís.
Si es amor, ¡ay Dios, qué dicha!
Si son celos, ¡ay de mí!

Bien pueden mis graves culpas
y descuidos presumir
que esos desvelos os causan,
porque como amáis, sentís.

Si a tantas finezas vuestras,
tanto esperar y sufrir,
corresponde mi bajeza
siempre ingrata y siempre vil,

si el nacer en un pesebre,
si el padecer y morir

no han mi dureza ablandado,
no hay más que hacer ni decir.

¡Ay dulce Niño del alma!
¡Y cómo fuera feliz
si supiera agradecer
para acertar a servir!

¡Oh, cómo vivo engañada
si de amaros presumí!
Pues no he dado el primer paso
en aborrecerme a mí.

Vanísimas son las quejas
cuando no las doy de mí,
pues no puedo yo quejarme
sino porque os ofendí.

¡Cuántas veces a mis puertas
esperáis y me pedís
que os abra, que del rocío
todo cubierto venís!

Y yo, villana y grosera,
no lecho florido os di,
antes sorda y descortés,
nunca despierta os abrí.

Bien podéis, Niño del alma,
estar quejoso de mí,
pues pago con ingratitudes
cuanto de vos recibí.

Cuantas palabras os doy
de empezar y proseguir
a serviros más perfecta,
todas son vanas al fin.

Mas ya que con tanta gracia
ya lloráis y ya reís,
ríame yo de esta vida,
y llore el que os ofendí.

XXVII. *A la Pasión*

Oh dulcísimo Jesús,
ya eres varón de dolores
que apura sangre vertida;
que amas mucho se conoce.

Si de tu pasión sagrada
contemplando sus rigores,
no te rindiese la vida,
más dura seré que el bronce.

Tus amorosas finezas
siempre pago con traiciones,
que en mi proceder villano
es la moneda que corre:

¡ese bellissimo rostro
que selló con sinrazones
mano aleve y atrevida,
pero yo descargué el golpe!

Por cinco abiertas ventanas
quiere tu piedad que logre
el entrar a contemplar,
Dios mío, tus afliciones.

Para saber estimar
tus afrentas y dolores
será el camino más breve
tu imitación más conforme.